

Gia eran gli occhi miei rifissi al volto
Della mia Donna, e l' animo con essi,
E da ogni altro intento s' era tolto:

Ed ella non ridea; ma: S' io ridessi,
Mi cominciò. tu ti faresti quale
Fu Semelè, quando di cener fessi;

Chè la bellezza mia, che per le scale
Dell' eterno palazzo più s' accende,
Com' hai veduto, quanto più si sale

Se non si temperasse, tanto splende
Chè 'l tuo mortal podere al suo fulgóre
Sarebbe fronda che tuono scoscende.

Noi sem levati al settimo splendore,
Che sotto 'l petto del Leone ardente
Raggia mo misto giù del suo valore.

Ficca dirietro agli occhi tuoi la mente,
E fa di quelli specchio alla figura
Che 'n questo specchio ti sarà parvente.

Qual sapesse qual era la postura
Del viso mio nell' aspetto beato,
Quand' io mi trasmutai ad altra cura,

Conoscerebbe quanto m' era grato
Ubbidire alla mia celeste Scorta,
Contrappesando l' un con l' altro lato.

Dentro al cristallo che 'l vocabol porta,
Cerchiando il mondo, del suo caro duce,
Sotto cui giacque ogni malizia morta,

Di color d' oro, in che raggio traluice,
Vid' io uno scaléo eretto in suso
Tanto, che nol seguiva la mia luce.

Vidi anche per li gradi scender giuso
Tanti splendor, ch'io pensai ch' ogni lume
Che par nel ciel quindi fosse diffuso.

E come, per lo natural costume,
Le pole insieme al cominciar del giorno
Si muovono a scaldar le fredde piume;

Poi altre vanno via senza ritorno,
Altre rivolgon sè onde son mosse,
Ed altre roteando fan soggiorno:

Tal modo parve a me che quivi fosse
In quello sfavillar che 'nsieme venne,
Si come in certo grado si percosse;

E quel che presso più ci si ritenne,
Si fe sì chiaro, ch' io dicea pensando:
Io veggio ben l' amor che tu m' accenne

Ma quella, ond' io aspetto il come e 'l quando
Del dire e del tacer, si sta; ond' io
Contra 'l disio fo ben s' io non dimando.

Por ch' ella, che vedeva il tacer mio
Nel veder di Colui che tutto vede,
Mi disse: Solvi il tuo caldo disio

Ed io incominciai: La mia mercede
Non mi fa degno della tua risposta;
Ma per colei che 'l chieder mi concede,

Vita beata, che ti stai nascosta
Dentro alla tua letizia, fammi nota
La cagion che si presse mi l' accosta;

E di' perchè si tace in questa ruota
La dolce sinfonia di Paradiso,
Che giù per l' altre suona sì divota.

Tu hai l' udir mortal sì come 'l viso,
Rispose a me; però qui non si canta
Per quel che Beatrice non ha riso.

Mis ojos estaban nuevamente fijos en el rostro de mi Da-
ma, y con ellos mi alma y todos mis sentidos, por no pen-
sar ya en otro objeto; y ella sin embargo no se sonreía.

« Si llegase á sonreirme, al fin me dijo, sería de tí lo que
de Semelè, cuando fué reducida á cenizas; porque mi be-
lleza, como has visto, se ilumina á medida que subimos los
grados del palacio eterno, y á no moderarla, llegaría á bri-
llar de tal modo que tu fuerza mortal, expuesta á sus rayos,
se parecería á la hoja que desgarrá el trueno.

« Hemos llegado al séptimo esplendor (1) que colocado
bajo el pecho del leon ardiente, difunde ahora con él sus
rayos hácia la tierra, por temperar su ardor.

« Lanza tu espíritu en pos de tus miradas, y haz de tus
ojos dos espejos para la imágen que vá reflejarse en ellos.»

El que supiese cuanto mi vista se saciaba de aquel aspec-
to bienaventurado, antes de verme obligado á fijarla en
otro objeto, comprendería cuán grato me era obedecer á
mi celeste guía, y pasar de una dicha á otra.

En aquel planeta que, al girar en torno del mundo, lle-
va el nombre de aquel rey querido bajo cuyo reinado quedó
el mal destruido, vi una escala del color de los que dora el
sol, la cual era tan alta, que no podía mi vista alcanzarla (2).
Vi también descender por sus escalones tantos esplendores,
que creí reunidas allí todas las luces que brillan en el cielo.

Y así como las cornejas tienen al romper el día la cos-
tumbre de agitarse juntas para calentar sus alas, antes de
levantar el vuelo y seguir rumbos distintos, así hicieron
aquellos resplandores hasta ocupar cada uno el escalon
respectivo.

El que se quedó mas cerca (3) era tan resplandeciente,
que yo decía para mí: Bien hizo el amor que me anuncias.

Pero aquella de quien yo aguardaba la órden de hablar
ó callarme permanecía inmóvil; por lo que aunque á mi
pesar, me abstenia de hacer pregunta alguna.

Ella, empero, que veía mi silencio en los ojos del que
todo lo vé, me dijo: « Puedes satisfacer tu ardiente deseo.»

Entónces empecé así: « Por mas que mi mérito no sea
digno de tu respuesta, díme, en nombre de la que permite
preguntarte, alma bienaventurada que permaneces oculta
en tu alegría, ¿por qué motivo te acercas tanto á mí? ¿Y
por qué no se oye en esta esfera la dulce sinfonia del Parai-
so, que tan devotamente resuena en las inferiores?

« Tu oído es mortal como tu vista, me contestó: aquí no
se canta por la razon misma que á Beatriz no permite son-
reír. Si he descendido hasta este punto de la escala santa,
solo ha sido para halagarte con la palabra y con la luz de
que estoy revestida. No creas sea el amor lo que me ha
hecho tan solícita, porque se arde allá arriba en un amor tan
grande como el resplandor te indica.

« Pero la alta caridad que nos convierte en siervas atentas
á la voluntad que gobierna al mundo, nos coloca aquí en
el órden que admiras.»

— Bien veo, lámpara sagrada, la dije, que basta en esta
corte un amor libre para ser siervo de la Providencia eter-

(1) Saturno, morada de las almas que abrazaron la vida contemplativa.

(2) La escala que habla visto Jacob.

(3) San Pedro Damian, ermitaño y despues cardenal.